



La Santa Sede

**CARTA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II
AL CARDENAL WALTER KASPER,
CON MOTIVO DEL CONGRESO JUDÍO EUROPEO**

*Al cardenal Walter KASPER
Presidente de la Comisión
para las relaciones religiosas
con el judaísmo*

Informado del encuentro organizado los días 28 y 29 de enero en París por el Congreso judío europeo, en el que usted va a participar junto con el cardenal Jean-Marie Lustiger, arzobispo de París, quiero unirme mediante la oración a todos los que se han reunido para tratar el tema: "Después del Vaticano II y la declaración *Nostra aetate*: la profundización de las relaciones entre judíos y católicos en Europa bajo el pontificado de Su Santidad Juan Pablo II".

Me alegra esta iniciativa, llamada a contribuir al diálogo y que se basa en la actitud de la Iglesia católica querida por el Concilio. ¡*Shalom*, paz! Con esta expresión bíblica, quisiera dirigir mi saludo cordial a todos los participantes en el encuentro. Esta iniciativa es particularmente oportuna como prolongación de la reciente *Jornada de oración por la paz en el mundo*, que se celebró en Asís el 24 de enero. Todas las religiones se han comprometido a trabajar por la paz, ofreciendo así un signo de esperanza para el mundo y recordando que la índole espiritual y trascendente del hombre invita a promover la paz y el respeto de la dignidad de todo ser humano. Judíos y cristianos mantienen relaciones particulares. El mensaje que nos viene del Dios de la alianza con Moisés, con los patriarcas y los profetas pertenece a nuestro patrimonio común y nos invita a colaborar juntos en la vida del mundo, puesto que el Altísimo nos llama a la vez a ser santos como él mismo es santo y a amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos.

Me alegra que, después de la declaración *Nostra aetate* del *concilio Vaticano II*, se hayan dado numerosos pasos en favor de una mejor comprensión mutua y de una reconciliación entre nuestras dos comunidades. Ese texto constituye un punto de partida, una base y una brújula para

las relaciones futuras. Tras los dolorosos sucesos que han marcado la historia de Europa, sobre todo durante el siglo XX, es conveniente dar nuevo impulso a nuestras relaciones, para que la tradición religiosa que ha inspirado la cultura y la vida del continente siga formando parte de su alma, permitiéndole así ponerse al servicio del crecimiento de todo el hombre y de todo hombre.

En virtud de su identidad respectiva, los judíos y los cristianos están unidos entre sí y tienen que proseguir la cultura del diálogo, como lo planteó el filósofo Martín Buber. A nosotros corresponde transmitir a las nuevas generaciones nuestras riquezas y nuestros valores comunes, para que nunca más el hombre menosprecie a su hermano en la humanidad y nunca más se desencadenen guerras o conflictos en nombre de una ideología que desprecia a una cultura o una religión; al contrario, las diferentes tradiciones religiosas están llamadas a poner su patrimonio al servicio de todos, para edificar juntos la casa común europea, unida en la justicia, la paz, la equidad y la solidaridad.

Entonces comenzará a cumplirse la palabra de Dios anunciada por el profeta (cf. *Is* 11, 6-9). La juventud necesita nuestro testimonio y nuestro compromiso comunes para creer, para santificar el nombre de Dios con toda su vida y para esperar en un futuro del mundo rico en promesas. Así, se dedicará a fortalecer los vínculos de fraternidad, para constituir una humanidad renovada.

Pido al Todopoderoso que inspire los trabajos del encuentro de París y haga fructificar los esfuerzos de los participantes. Que la paz de Dios habite en el corazón de cada uno.

Vaticano, 25 de enero de 2002

JUAN PABLO II